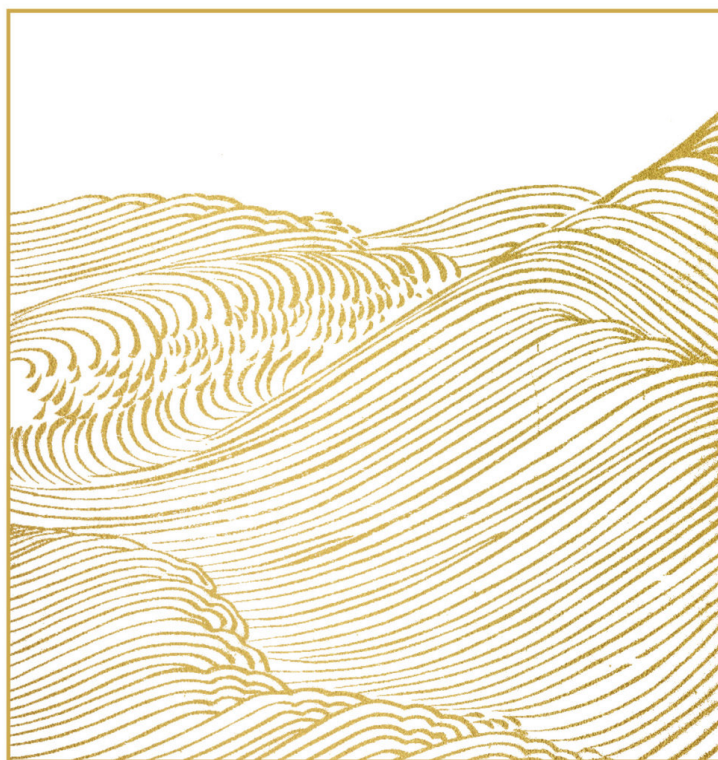




Guía de lectura

Luna Miguel

INCENSURABLE



Lumen

Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

La filósofa Lectrice Santos es expulsada de la universidad tras atreverse a dictar una conferencia sobre el placer y la censura. Su único crimen: desafiar a sus alumnas a pensar por qué la novela más polémica de la literatura contemporánea ha desaparecido de todas las bibliotecas del mundo. Invitada a participar en un seminario sobre literatura y erotismo, hastiada de la Academia y agobiada por los fantasmas de su pasado, Santos reivindica la importancia de leer y releer clásicos como *Lolita*, de Vladimir Nabokov, sin dejarnos arrastrar por los prejuicios del presente. Así,

lo que comienza como una clase magistral sobre la vida y obra del escritor ruso se transforma en un acto de resistencia contra la amnesia ideológica que amenaza con borrar las obras incómodas de la historia.

Llena de humor y erudición, *Incensurable* es un viaje que difumina las fronteras entre ficción, pensamiento y crítica, en el que Miguel explora la inestabilidad de la verdad, la política del lenguaje y el exilio literario como castigo. Y nos interpela: ¿queremos formar parte de este delirio incensurable o limitarnos a comprenderlo desde la distancia?

QUIÉN ES LECTRICE SANTOS

Lectrice Santos es un personaje de ficción. Nació el 2 de octubre de 1990 en Almería, bajo el signo de Libra. Graduada en Filosofía por la Universidad de Granada, cursó el Máster de Edición de la Universidad Autónoma de Madrid y se doctoró en Filosofía por la Universidad Complutense. Durante su vida académica, realizó estancias en las universidades de Marsella y Lausanne, y fue profesora de Estética en la Universidad de Alcalá de Henares. En 2022,

diagnosticada de depresión, abandonó la vida académica y fundó su propia escuela de escritura. Autora de los ensayos *Crítica del amor macho* (La Broma Infinita, 2019) y *Por una lectura somática* (La Broma Infinita, 2025), en 2031 vio la luz su obra póstuma, *Incensurable*, una conferencia transcrita y editada por su discípulo Ulises Cabra. Lectrice Santos falleció el 24 de noviembre de 2029, en su apartamento de Madrid, debido a una sobredosis etílica.

LOS PERSONAJES DE FICCIÓN MÁS IMPORTANTES DE *INCENSURABLE*

¿Conferencia?, ¿crítica literaria descarnada?, ¿novela de campus? *Incensurable* es una obra sin género, entre la narrativa y el ensayo, y también la más ambiciosa de la autora hasta la fecha. Los personajes de ficción más importantes que aparecen en ella son:

LECTRICE SANTOS es la narradora de este libro y la autora de la conferencia «Cómo recuperar *Lolita*», pronunciada en octubre de 2029 en un seminario sobre literatura y erotismo de la Universidad Autónoma de Madrid. En ella, Santos advirtió a sus alumnas de lo que ella ha bautizado como el «Gran Apagón L.», un suceso que terminó con la existencia de una de las novelas más polémicas del siglo XX. Las palabras de Santos no fueron del agrado de algunas de las seminaristas, y eso provocó su expulsión. Tras la muerte de la autora, algunas semanas después del suceso, uno de sus discípulos tomó los textos y grabaciones de la conferencia, los editó y los publicó bajo el título de *Incensurable*.

RÉGINA, LUNA, MARGARYTA, BIBIANA, HELENA... son algunas de las amantes de Santos. De entre todas, Régina, una bibliotecaria butch del Centro Internacional de Poesía de Marsella, será su mayor cómplice a la hora de desentrañar los misterios de la desaparición de la novela *Lolita*. Régina nació en Niza en 1981 y es artista plástica.

CAMILO CÓRDOBA es un profesor de Literatura con el que Santos se encuentra en su veintena, mientras cursa un Máster de Edición en Madrid. Gracias al libro que Córdoba le presta para su trabajo de fin de Máster, ella empieza a ser consciente de la fuerza del «Gran Apagón L.» y algunos recuerdos de la novela de Vladimir Nabokov se le aparecen obsesivamente. Camilo Córdoba nació en Segovia en 1975 y carga con varias acusaciones de plagio a sus espaldas.

MARIANNE THOMAS es la mujer con la que Santos se cruza en el cementerio de Montreux y que le da la última clave para entender el «Gran Apagón L.». Thomas nació en La Rochelle en 1953 y es una exagente literaria corrupta.

PEDRO SANTOS es el padre viudo y alcohólico de Lectrice Santos. Tuvo que criar a su hija casi en soledad, ya que la madre murió al poco de dar a luz. Pedro nació en Almería en 1972 y falleció en 2008. Fue un tatuador de estética tradicional muy conocido en la provincia.

U. C. es fan y discípulo de Lectrice Santos. Nacido en 2011, Ulises Cabra asistió al seminario EROS y también fue encargado de editar la conferencia de la profesora tras su fallecimiento.

LAS REFERENCIAS LITERARIAS MÁS IMPORTANTES DE *INCENSURABLE*

VLADIMIR NABOKOV

Además de su carácter ficcional, lo cierto es que *Incensurable* también podría leerse como un ensayo biográfico sobre Vladimir Nabokov. En el setenta aniversario de la publicación de *Lolita*, Luna Miguel ha trazado una suerte de gran guía de lectura para no perderse en esta y otras grandes obras del ruso exiliado más polémico de la literatura del siglo xx. Un análisis de su vida íntima y amorosa, un paseo por algunas de sus obras más desconocidas, una reivindicación de su visión mágica de la ficción, de la creación de su «Antitierra», de su humor y de su capacidad para burlarse de todo y de todos a través de sus personajes irónicos.

VIRGINIA WOOLF

En 2029 se cumplirán cien años de la publicación de *Un cuarto propio*. Jugando con esa fecha próxima, *Incensurable* retoma ese género que según Luna Miguel inventaría Woolf con dicho libro —el «ensayismo mágico»— y crea su propia ficción de una conferencia universitaria, usando los ritmos, las técnicas y repensando las anécdotas y dolencias que la autora de *La señora Dalloway* nos narró hace un siglo.

MONIQUE WITTIG

Aunque las referencias a filósofos y teóricos de la literatura son muchas —Ricardo Piglia, Roland Barthes, Anne Dufourmantelle, etcétera—, es probable que el homenaje más claro de *Incensurable* sea a la escritura de Monique Wittig. Además de una reconocida feminista, Wittig fue una gran defensora de la reescritura y del palimpsesto. Ella quiso versionar a su manera algunas de las obras que le parecían canónicas, pues para pensar el futuro de la literatura hay que conocer el pasado, y para conocer el pasado, hay que confiar en el presente.

Por la bibliografía de *Incensurable* también se pasean Iris Murdoch —para analizar la masculinidad de Humbert Humbert en resonancia con la de su Charles Arrowby—, Milan Kundera, Charles Bukowski, Ramón J. Sender y Philip Roth —para pensar en el concepto del «amor macho», Ariana Harwicz, Gisèle Sapiro, Angélica Liddell y Betina González —para criticar la cancelación como asesina de la libertad creativa— o J. M. Coetzee —para elevar la conferencia a género literario—, entre muchos otros.

QUÉ ES EL «GRAN APAGÓN L.»

«Gran Apagón L.» es el nombre con el que LECTRICE SANTOS bautiza la misteriosa desaparición de *Lolita*, de Vladimir Nabokov, de todas las bibliotecas y memorias del mundo. No fue un incendio ni un decreto: una madrugada de 2009, los estantes amanecieron vacíos, y los recuerdos de la novela parecían haberse borrado también de quienes la habían leído. Más que un hecho histórico, el apagón es una alegoría: la metáfora de una censura. Santos lo interpreta como la culminación de una amnesia ideo-

lógica que amenaza con borrar todo lo incómodo, lo ambiguo o lo contradictorio en nombre de la corrección. Durante toda la conferencia, Santos intenta descubrir de dónde surge este borrado ridículo hasta la inverosimilitud a través de su propia historia como lectora. Puede que «Gran Apagón L.» sólo sea una pregunta o advertencia para sus alumnas: ¿cómo pensar el placer, la memoria y la creación cuando el arte que más nos interroga corre el peligro de desaparecer en silencio?

EXTRACTOS

Pero, dirán ustedes, nosotras le pedimos que hablara sobre el placer y la censura, ¿qué tendrá que ver esto con *Lolita*? Intentaré explicarlo. Cuando me pidieron que hablase sobre el placer y la censura me senté en el pretil del paseo marítimo de mi ciudad natal y me puse a pensar en lo que esas palabras querrían decir. Podrían significar nada más que unas cuantas observaciones sobre la represión sexual, pero, pensándola bien, la empresa no me pareció tan sencilla. El tema *El placer y la censura* puede querer decir, y ustedes pueden querer que quiera decir, *La pornografía y sus detractores*; o *El erotismo y por qué su escritura ha estado históricamente perseguida*; o tal vez *El consentimiento y cómo las filósofas del siglo*

XXI consiguieron ponerlo en el centro de la agenda política; o esas tres cosas inextricablemente mezcladas. Al disponerme a adoptar esa triple interpretación, que también a mí me parecía la más interesante de todas, pronto advertí que tenía una desventaja fatal. Nunca podría llegar a una conclusión. Nunca podría cumplir lo que es, entiendo, el primer deber de una conferenciante: ofrecerles, después de unas horas de charla, una migaja de verdad pura que ustedes registrarían en las notas de sus dispositivos y guardarían en sus carpetas de asuntos que olvidar. No. Lo supe en cuanto me levanté y caminé hasta la orilla, y el viento de poniente comenzó a chocar con furia contra mis palabras.

¿Alguna vez han intentado hablar de cara al oleaje? ¿Se han fijado en el modo en que la virazón les roba el habla? Por mucho que griten frente a la ola, por mucho que crean que sus palabras son escuchadas, el temporal se lleva la voz a la fuerza. ¿Alguna vez han encontrado placer en ese fenómeno, en esa lucha cuerpo a viento, en esa censura natural del mar?

En realidad, sólo puedo ofrecerles un par de intuiciones sobre un tema menor: por un lado, para ahuyentar la censura del placer, una lectora deberá cuestionar todo aquello que le entre por los ojos; por el otro, para interpretar el placer de la censura, una lectora deberá cuestionarse a sí misma con tal de asumir la contradicción y su ironía. Todo esto, como verán, no es más que un gran juego de palabras que deja sin resolver el magno problema de la verdadera naturaleza del placer y la verdadera naturaleza de la censura. Por eso lo mejor que puedo hacer para llenar las horas de este seminario es contarles una historia acerca de la pobre *Lolita*, la desdichada *Lolita*, la olvidada *Lolita*, arrastrada desde hace dos décadas por el vendaval de una censura inverosímil, casi mágica y oculta.

¿Acaso habían escuchado ese título con anterioridad? Levanten la mano quienes sepan algo de esta novela. ¿No? ¿Nadie? A su autor, el ruso en el exilio Vladimir Nabokov, ¿se lo han mencionado sus queridos profesores en los cursos de literatura europea? Muy bien, parece que no todo está perdido, al fondo veo una manita alzada. Vuelva a bajarla y, el resto, vigilen sus espaldas, porque el relato de esta censura podría perturbar a

alguien ahí fuera, y tal vez poner a las inscritas a este curso en un aprieto.

(Pp. 11-13)

Leer, casi tanto como escribir, significa asumir riesgos.

Otra teórica, Betina González, escribió que el verdadero efecto de la cancelación es la producción masiva de obras estandarizadas. De obras, en definitiva, sin riesgo alguno.

Leer, casi tanto como escribir, significa poner el cuerpo.

Ya sabemos de los peligros físicos y mentales que aceptaron Nabokov y algunos de sus primeros editores al darle vida a este libro, pero ¿cuáles son los que nos competen a nosotras como lectoras? Nadie sabe lo que puede un cuerpo lector. Habrá que armarse para la correría contra la obliteración. Por eso, mi deber, y a partir de ahora el de todas ustedes, es el de superar la tentadora censura íntima de aquello que nos resulta insoportable, o hasta dañino, en beneficio del entendimiento. Sirviendo como señal de una hipotética cultura de la reparación, el falso prólogo de John Ray Jr. se me antoja como una clave, quizá ilusoria, para asumir el reto de leer *Lolita*: «*Lolita* hará que todos nosotros nos consagremos con interés y perspectiva mucho mayores a la tarea de lograr una generación mejor en un mundo más seguro». ¿Quién te oyera, querido doctor en Filosofía ficticio! ¿Le escucharán ustedes? ¿Se atreverían a leer la novela bajo esos términos?

No me pongan esas caras.

Les he dicho que el libro desapareció hace mucho de la faz de la tierra, pero una tiene sus recursos y sabe cómo ten-

tar a la suerte. Lo he dado todo para poder mostrárselo. Nos estamos jugando la vida, alumnas mías. Por eso, si me lo permiten, antes de invitarlas a un brevísimo descanso para que puedan ir al servicio o tomarse un café, me gustaría anunciarles dos cosas. Primero voy a lanzar otra pregunta dolorosa. Después les daré un regalo.

Ahí va la pregunta: ¿y si, verdaderamente, como auguraba Florsombría, al leer *Lolita* nos olvidamos de que violar niñas está mal? Pues entonces revisemos nuestra relación con los textos, nuestra relación con el arte, nuestra relación con el sexo, nuestra relación con la mentira, nuestra relación con la lengua. Al habernos mirado bien por dentro, procuremos explicar el sentido de nuestra angustia, en vez de escandalizarnos por ella. Decía la filósofa Anne Dufourmantelle que si una obra de arte escandaliza es porque inventa lenguajes nuevos. Para la autora de *Elogio del riesgo*, nuestro tiempo se caracteriza por el miedo al escándalo, y por la falta aparente de una censura que no es más que la máscara de una época reaccionaria. Que las ficciones estén llenas de mentiras no impide que en ellas se cuele parte de realidad, y, lo sabemos, en la realidad hay monstruos. Hallar reconocimiento donde sólo leemos infamia es insoportable, otro riesgo, otro escándalo. Por eso, al leer, hay quien prefiere no enfrentarse a estas preguntas. (Pp. 38-40)

¿Querrás hacerte algo?, me preguntó un hombre embigotado, al que recordaba de mi infancia, cuando me vio ojear uno de los álbumes del mostrador repleto de es-

corpiones y de indalos. Sí, tengo una idea para la nuca, unas letras. El gesto alegre del tatuador en seguida cambió a mueca de desagrado. Me acordé de que a mi padre también le parecían estúpidos los clientes que pedían frases motivacionales, caracteres chinos, nombres de novias, o de mascotas, que a los pocos meses o años querrían borrar o tapar. ¡Un tatuador es un artista, no un monje copista!, solía decir. Yo no iba a ser como una de esas almas inconscientes, mi palabra tenía un cometido: Lolita. ¿Qué? Lolita es lo que me quiero tatuar. Sin hacer más preguntas, el bigotudo me citó un par de horas más tarde, pero preferí permanecer en la sala de espera, fingiendo que leía a Robbe-Grillet y quedándome absorta en los diseños que adornaban las paredes: águilas, gorriones, palomas, corazones de Jesús, cruces, ángeles, lirios retorcidos, rostros de mujeres tristes, todos eran muy buenos y todos salieron de las manos de mi padre. Lo que llevas ahí..., me interrumpió el hombre al rato, se parece mucho a..., tiene un estilo como de... ¿Ese pájaro azul te lo pinchó Pedro Santos?

La escena es más larga, pero no merece la pena ahondar en ella. Lo relevante es que salí del estudio de tatuajes con el tiempo justo para agarrar el último autobús al Cabo, con un dolor intenso, como una quemazón en la nuca, pero lista para iniciar una nueva fase en el plan de investigación del «Gran Apagón L.». Mi Lolita era lo suficientemente grande como para llamar la atención de los mirones, pero también lo bastante fina como para que tuvieran que acercarse a descifrar el mensaje. Un tatuaje gráfico en la nuca obliga al lector a aproximarse al aroma que

desprende el cuerpo de su portadora, un gesto embriagador. Idealicé tantas veces esa imagen: yo, tumbada bocabajo en la playa de la iglesia de La Fabriquilla, y una mujer de mediana edad, muy guapa y leída, acercándose por detrás para decirme que sí, que ella también había recordado de súbito la belleza del libro más importante del siglo XX, pero que no tenía a nadie con quien hablar de su desaparición, oh, tu tatuaje me ha abierto los ojos y me ha salvado la vida, ¡casémonos en La Almadra! Idealicé tantas veces esa imagen, decía, que la realidad no pudo ser más decepcionante.

No fue hasta los últimos días de agosto, a punto de tener que regresar a mis clases en Madrid, cuando una voz infantil me llamó la atención desde la orilla. ¡Yo soy Lolita!, ¡soy yo, soy yo!, gritaba una niña rechoncha, de unos cinco o seis años, con los genitales al descubierto y el cabello adornado de algas. ¿Tú eres Lolita? Miré a su alrededor y no vi adulto alguno, hasta que poco después, al vernos jugar a los castillos de arena, se nos acercó una mujer muy pálida que aseguró ser su madre. Me llamo Luna, dijo, y ella es Lolita, pasamos las vacaciones solas en Las Salinas, ¿también te llamas Lola? Me hubiera gustado decirle que sí, pero mi verdadero nombre le entusiasmó más. ¡Somos tres eles!, gritó su niña. Y, cuando Luna pronunció la ingravidez primera de mi nombre, creí entender el motivo por el que, sesenta años antes, Vladimir Nabokov eligió Lolita como marca para su personaje. Ya hemos analizado la desagradable sonoridad de Humbert, pero ahora fíjense en el diminuto nombre de «Lo», el juguetón nombre de «Lolita», el

folclórico nombre de «Lola», el rimbombante nombre de «Dolores», el brumoso apellido de «Haze» y el imaginativo, mitológico y erótico mote, ¿o más bien eufemismo?, ¿o quizá carga?, de «nínfula». (P. 139-141)

Nosotras no seremos ya nínfulas. En todo caso, Eruditas Repudiadas. Académicas Canceladas Por Estar A Favor De La Reparación. Unión De Relectoras Feministas Castradas Por Las Suyas. Frente Impopular de Relectrices Armadas Hasta Los Dientes Contra La Tiranía De La Obliteración. Yo siempre he preferido la idea de la relectura de Woolf, de Borges o de Nabokov antes que esa tan mustia que proponía Murat. En un libro que recoge los sueños de Nabokov, el profesor y traductor Gennady Alexandrovich Barabtarlo dijo que la relectura es un elemento fundamental en la estética del ruso. Que la relectura, para él, era una especie de imitación del acto del autor al reescribir su texto. Si leer por primera vez era escalar una montaña, bien agarraditas a su mano, releer sería parecido a domar cada piedra, a redecorar con musgo las rocas al gusto de cada cual, a renombrar las mariposas de su bosque, a forjar nuevos caminos sin señalización para perdernos como eremitas. De acuerdo con Barabtarlo, aunque la relectura no pueda igualar el éxtasis de la escritura, hay en ella una gran «compensación cuantitativa», toda relectrice de pura cepa podría llegar a leer un texto muchas más veces de lo que lo hiciera su autor, y esa lógica, aunque bien competitiva y varonil, no deja de resultarme tentadora. (P. 152)

Desde el momento de nuestro reencuentro, mi exprofesor me acogió con los brazos abiertos

en su casa a cambio de que él tutelase la escritura de mi primer libro y de que estudiara la obra de Vladimir Nabokov bajo su ley. Llegamos a firmar una suerte de contrato de prostitución conyugal como el que Alain Robbe-Grillet propuso a su esposa en 1958. El que fuera uno de los cabecillas de *le nouveau roman* intentó colarle a su jovencita Catherine Robbe-Grillet un convenio de explotación sexual mediante el cual ella se sometería, tras un pago en metálico, a malos tratos y diversas humillaciones que el escritor desarrolló en varios párrafos que prefiero ahorrármelos. Cuando mi exprofesor me contó esta historia, vinieron a mi mente las imágenes de la escritora Unica Zürn, atada y vejada por su esposo, el surrealista Hans Bellmer, así como aquellos intercambios epistolares entre Anaïs Nin y Henry Miller, en los que él le hablaba de las prostitutas a las que se follaba, casi como intentando provocarles un daño mental, una suerte de corrupción celosa, que ella siempre negó.

¿No querían que les hablara del placer y de la censura?

Al centenar de alumnas que hoy han optado por dejarnos atrás les habría venido bien apuntar estos nombres. Todas las mujeres del siglo XX, a las que desde el siglo XXI veneramos como iconos, aceptaron, de un modo u otro, vejaciones hoy intolerables. No lo digo así para deslegitimar nuestra lucha, sino para constatar el hecho de que, a las mayores autoras del placer de nuestra genealogía, y tanto Zürn como Nin como la Robbe-Gri-

llet lo son, les resultó inevitable aceptar el sufrimiento, y hasta la maldad, como parte ineludible de su erotismo. Las eróticas del XX, vistas como las místicas de la Edad Media. ¿Sin úlcera no hay visión? Catherine Robbe-Grillet, por cierto, nunca firmó el contrato. Le parecía misógino, desconfiado. Como explica el hedonista José Lázaro, en una biografía que dedicó a la artista, el motivo de su rechazo fue que no necesitaba firmar ante notario las condiciones de su peculiar apego, pues ella ya disfrutaba de un vínculo feliz con Alain desde el papel de sumisa,

algo que le dio el material suficiente para escribir su propia narrativa picante, como la novela *La imagen*, firmada con el seudónimo masculino de Jean de Berg. Con los años, su gusto por dominar fue creciendo y, cual Juana de Arco del BDSM, se convirtió en Jeanne de Berg, la autora de *Ceremonias de mujeres*, una memoria de su metamorfosis en dominatriz, para luego volver a nombrarse Catherine Robbe-Grillet, autora de varios diarios de temática sadomaso, en los que incluso exponía las vergüenzas de su ya viejo e impotente marido.

Yo sí que firmé mi contrato. Mi contrato de prostitución conyugal, mi propia sumisión consentida que, al contrario que mis predecesoras, no tenía que ver con los genitales, pero sí con mis ojos de «trabajadora textual». El 4 de enero de 2020, un poco ebrios de vodka, nos juramos que, después de leerme toda la obra de Nabokov, de principio a fin, tendría derecho a releer *Lolita* «pero sólo como si la estuviera leyendo por primera vez», como si Camilo Córdoba estuviera descubriéndomela a mí, y no al revés.

Estupiditrice, Tontrice, Incultrice, otra vez, Analfabetrice: fue así como me convertí en una lectora sumisa. Lo que mi exprofesor no sabía es que dicha sumisión no tenía tanto que ver con su influencia como con la que Nabokov volvía a ejercer sobre mí.

Bajo tres simples directrices, fui cumpliendo los pasos de mi contrato. «No busques la moral, sino la belleza», decía el

primer mandamiento. Camilo me contó que, de hecho, de acuerdo con Véra Nabokov, el único tema de *Lolita*, y de la casi totalidad de la bibliografía del ruso, es la belleza. Un buen lector, para su esposo, es un artista. Ni un detective ni un filósofo moralista, sino alguien capaz de hacer arte con su manera de pasear los ojos por la página.

(P. 159-161)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Dice Luna Miguel que desde adolescente se impuso el reto de releer *Lolita* una vez año. ¿Tenéis libros de cabecera que os guste releer constantemente? ¿Y qué haríais si descubrierais que una de las novelas más importantes de vuestra vida ha desaparecido de todas las librerías y bibliotecas del mundo?
2. ¿Por qué creéis que Lectrice Santos quiere ser tan directa con sus alumnas? ¿Puede que esa sea la razón de que caiga tan mal a quienes la escuchan? ¿Creéis que sus palabras o sus ideas justifican la censura de su charla?
3. Además de la censura y de la cancelación, algunos de los temas latentes en este libro son las complejidades de la bisexualidad, el alcoholismo, la precariedad de la Academia o la salud mental. ¿Por qué creéis que la autora ha querido dejar esas miguitas en la biografía de Lectrice Santos?
4. Supuestamente, esta conferencia tiene lugar en octubre de 2029, cien años después de la publicación de *Un cuarto propio*. ¿Qué otras razones creéis que han llevado a Luna Miguel a situar la acción de la conferencia en ese año?
5. Más que una novela o un ensayo, en ocasiones *Incensurable* recuerda a un monólogo teatral. ¿Cómo imagináis la escenografía de esta historia?
6. Camilo Córdoba, ¿estáis a favor o en contra de este curioso personaje?
7. Aunque a veces Lectrice Santos viva en ciudades de interior, ella siempre regresa al mar. ¿Qué creéis que simboliza lo marítimo en esta historia?

8. La conferencia está plagada de referencias literarias reales y falsas —como Aura Gondolero o Bibiana Florsombría, además de la larga bibliografía final, mucha de ella inventada—. ¿Por qué creéis que la autora ha optado por ficcionar a algunos de los escritores a los que cita?
9. Podría decirse que, más allá de Vladimir Nabokov, esta obra está plagada de homenajes a Virginia Woolf, Anne Dfourmantelle o J. M. Coetzee, ¿qué otras resonancias formales claras habéis encontrado leyéndola?
10. ¿De qué creéis, finalmente, que puede ser metáfora el «Gran Apagón L.»?

LA AUTORA



© Laura Rosal

LUNA MIGUEL nació el 6 de noviembre de 1990 en Alcalá de Henares. Actualmente vive entre Barcelona y Madrid, desde donde trabaja como scout literaria en Penguin Random House, y escribe crítica en *Babelia*. Ha publicado ocho libros de poemas, entre los que destacan *Un amor español* y *Poesía masculina*. También es autora de la novela *El funeral de Lolita* (Lumen, 2018; 2026), del mo-

nólogo teatral *Ternura y derrota*, y de los ensayos *El coloquio de las perras*, *Caliente* (Lumen, 2021) y *Leer mata*. En 2023 llevó a cabo la performance *La muerte de la lectora*, en la que leyó durante 48 horas seguidas en un escenario para poner a prueba sus teorías alrededor de la lectura somática. *Incensurable* (Lumen, 2025) es su último libro.

LA AUTORA SOBRE *INCENSURABLE*

Imaginad... El libro más polémico de la historia de la literatura del siglo XX ha desaparecido de la faz de la tierra... y la pregunta no es tanto por qué, sino qué podemos hacer nosotras ahora para recuperarlo. Esa es la base sobre la que yo misma decidí inventar a Lectrice Santos, protagonista de *Incensurable*, una profesora de filosofía que es expulsada de la universidad tras atreverse a dictar una conferencia sobre el placer y la censura. Su único crimen: desafiar a sus alumnas a pensar por qué somos tan cobardes cuando nos toca defender la belleza de la ficción. *Incensurable* me nació así, como una provocación, no tanto a los demás como a mí misma; un guiño a las alumnas de mis talleres de lectura, con las que desde hace un lustro diseccio-

namos obras clásicas y contemporáneas; un homenaje a las autoras y autores a los que se lo debo todo, especialmente aquellas que bordean y reinventan los géneros literarios establecidos; una relectura de canon misógino; y también un pequeño acto de resistencia, para defender libros como *Lolita*, de Vladimir Nabokov, u otros textos incómodos por los que ciertas ideologías del presente prefieren pasar de puntillas, o bien apoderarse suciamente de ellos para validar sus propios discursos. Después de varios años de lecturas, relecturas, escrituras y reescrituras, aquí está este artefacto feliz que quiero compartir con vosotr@s con el deseo de arrancar alguna risa y de seguir promoviendo una larga conversación.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *INCENSURABLE*

«Un libro despiadado, muy divertido y salvaje. Luna Miguel es una escritora magnífica que grita contra el oleaje».

Alana S. Portero

«Leer a Luna Miguel es contagiarse de su enfermedad, es poner el cuerpo junto al de ella, es desear y aprender con entusiasmo afilado, es subrayar el texto histéricamente y tomar notas como una loca».

Irene Solà

«Miguel estudia el deseo desde la autobiografía. Se escucha, recuerda y mira a las demás, [...] se enfrenta a la vulnerabilidad. Limpia, en fragmentos ágiles, las manchas sobre el deseo de las mujeres».

Charo Lagares

«Un libro audaz y muy divertido sobre cómo el feminismo, en vez de liberar, puede convertirse en otra jaula más cuando nos condena por pensar, desear o imaginar desde lugares tildados de malos o incorrectos. Una lúcida denuncia sobre cómo la potencia subversiva del arte se apaga en cuanto nos la apropiamos para nuestras buenas causas, pues entonces empieza la manipulación del lector a través de la culpa. Una reflexión muy pertinente sobre cómo lo censurado es siempre algo que todos llevamos dentro y no reconocemos: por eso lo convertimos en chivo expiatorio. Un cuento de la criada en clave ensayística y generacional».

Elvira Navarro

«Como la obra del propio Nabokov, *Incensurable* es un laberíntico juego de espejos donde nada es lo que parece. Luna Miguel ha escrito un texto inclasificable, tan audaz y divertido como profundo en su conocimiento de la obra del escritor ruso y de los debates que sigue generando».

Layla Martínez

«Una obra osada y erudita, transgresora y transversal, que atraviesa el desierto narrativo en el que la cultura de lo políticamente correcto, de la cancelación, parece haberse instalado, y se convierte en un manantial de narrativa fresca y audaz, necesaria».

Inés Martín Rodrigo

«En este libro, un artefacto des-generado y brillante, Luna Miguel no solo se atreve a desnudar la lógica de la violación que domina nuestra tradición literaria, sino que insiste en reivindicar, con impúdica ironía, el goce de leer el deseo hasta sus más ardientes contradicciones».

Lina Meruane

«De quien rescataba un libro del olvido se decía que era su segundo autor, así Lectrice Santos disipa el humo negro que envuelve *Lolita* y nos restituye un destello de aquella locura que viene de las ninfas».

Xavier Bueno

«Esta radical anticipación de un futuro en el que nadie leerá *Lolita* muestra a Luna Miguel en su plenitud intelectual y literaria, sin perder descaro exhibicionista dentro de un apasionante acertijo bibliográfico».

Alberto Olmos

«Una de las grandes cualidades de la escritura de Miguel: propone y nunca dicta sentencia. Sugiere».

María Jesús Espinosa de los Monteros

«Un recorrido frondosísimo por la representación del deseo femenino. Un diario íntimo donde late un corazón roto dentro de un cuerpo caliente. Un viaje iniciático al amor plural».

Júlia Bertran

